

Libros

POESÍA

Los surcos del silencio

Fermín Herrero publica 'Tempero'

Alejandro López Andrada

Aunque muy de tarde en tarde, ocurre a veces que nos llega un buen libro de versos y, al abrirlo, un resplandor de sosiego y de ternura, de serenidad sin límite nos invade. Es un pequeño milagro, la verdad, pues no suele abundar la buena poesía –la verdadera– en los tiempos que corren; por eso *Tempero*, el nuevo poemario feliz de Fermín Herrero tiene mucho, esto hay que decirlo, de milagro, pues todo está en él, en este hermoso espacio lírico, henchido de luz, de música en armonía, de autenticidad. De este modo, todas las piezas del volumen gozan de un ritmo envolvente, seductor, que nos muestra los ángulos limpios de un paisaje por el que corre un viento sosegado, un aire muy puro que exhala claridad: “Un susurro levisimo en el temblor / de las acacias, son hacia lo más/ profundo los caminos...” (pág. 27). Y en la misma línea de febril serenidad, de armónica hondura, van fluyendo todos los versos de este libro único, singular, distinto, en el que coinciden las mejores cualidades (el misterio, la luz, la música, la emoción) que, en esencia, definen el milagro de esa poesía que tanto echamos de menos en los últimos años.

Quienes conocemos profundamente, de memoria (pues la hemos leído y releído muchas veces), la obra poética de Fermín Herrero, hemos de reconocer que este poemario supone la cumbre de su madurez creativa. Nacido en Ausejo de la Sierra (Soria) en 1963, este poeta de aliento machadiano ha dado a la luz poemarios inolvidables como, por ejemplo, sus dos primeros títulos: *Echarse al monte* (1997) –Premio Hiperión– y



Fermín Herrero.

Un lugar habitable (1999) –Premio Ricardo Molina–, dos joyas líricas en las que ya se vislumbraban la originalidad y la autenticidad de una voz dotada de una especial sensibilidad para la poesía. Luego, Herrero publicó otros poemarios donde su voz prístina, emocionada y serenísima fue creciendo, pero es, sin embargo, en este volumen de versos, *Tempero* –Premio de poesía Ciudad de Valencia–, donde el mundo lírico del vate soriano se aquilata y alcanza una espléndida perfección formal que lo pone a la altura de maestros de la lírica española como son los casos de Claudio Rodríguez o Antonio Colinas, a los que se asemeja en hondura e intensidad. Aun así, la voz de Fermín Herrero es auténtica, genuina, inconfundible, y en ella no vemos ningún rastro mimético

de los poetas anteriormente mencionados o de otras figuras poéticas consagradas de las letras españolas: su universo lírico es auténtico y original.

Dividido en cuatro apartados, o espacios plenos de sentido armónico, *Tempero* va mostrando al lector el itinerario de un hombre que se asombra ante “la nieve que va cubriendo el campo / y las veredas”, afirmando luego que “la nieve / es levedad, te quita el peso, flotas / en su memoria” (pág. 23), y solo unas páginas más adelante nos dice: “Entonces las palabras no estaban / lastimadas, no tanto, cuando tenía / toda la luz del campo, toda la luz / de la inocencia y era lo más sencillo / la libertad. Veníamos de haber regado / el huertecillo, por ejemplo, y con qué amor / seguía el agua en los oídos, sonando / desde su ti-

midez de acequia” (pág. 39). Versos bruñidos, modelados por una mano angélica de amor, de luz no usada, de límpida ternura; he aquí el milagro total de la poesía, la que brota de la sencillez del alma, de la contemplación feliz de un horizonte donde se abrazan las nubes y las retamas, mientras dialogan las fuentes y las esquilas. El poeta camina, oye y mira, reflexiona sobre el paso del tiempo y atisba, al final, la eternidad oculta tras las cortinas de un paisaje donde “El tiempo / cose los días, cose las noches, ajenas / al deterioro” (pág. 67). Y ya, finalmente, después de haber dialogado con los montes, con los árboles, con las nubes y con los pájaros, el poeta, Fermín Herrero, en estado de gracia labra los más bellos surcos del misterio en una tierra fecunda, transparente, donde la sombra no puede con la luz, aunque, al final, el autor llegue a considerar en uno de sus poemas magistrales que “la muerte es un pardillo en la cuneta / de cualquier carretera” (pág. 30). De este modo, la naturalidad y la sencillez de esta poesía hermosa y auténtica como pocas se reflejan en esa imagen frágil, minúscula, del pajarillo desovillado a unos pasos del asfalto, una estampa que muestra la lírica dureza de la muerte, la misma que un día a todos nos iguala y el poeta Fermín Herrero dibuja aquí, en este poemario hilado por surcos de silencio, utilizando el color, la claridad, la líquida sencillez de su poesía, en la que se abrazan a partes iguales la ternura, el misterio y la emoción.

'Tempero'. Autor: Fermín Herrero. Edita: Hiperión. Madrid, 2012.



Portada del libro.

Regreso al amor

Antonio Luis Ginés

Cuando uno termina de leer un libro, puede tener varias sensaciones al respecto. Sin embargo, en pocas ocasiones ese sentimiento se traduce en una certeza. La de que estamos ante un libro distinto, inusual, muy arriesgado para ser convencional. Solo son doce poemas, doce balas que provocan otros tantos agujeros y el olor a pólvora, rastreando un tiempo, un momento elegido para poner boca arriba un trozo de vida. El yo lírico que predomina es absoluto, desborda de una manera que no provoca distancias, todo lo contrario, sino que podamos adentrarnos en parte de esa experiencia, y desde el comienzo, dejar las cosas muy claras sobre lo intenso de la apuesta: “El único camino para llegar hasta ti / es escribir esta historia”. Y esa historia de amor, o desamor, halla en el ámbito del espacio cerrado una cierta seguridad, una rutina que tranquiliza. “Debo aclarar que no soy de nostalgias tremendas”, dice la voz, pero esa nostalgia se funde en cada expresión, en cada enumeración de lo que hay y de lo que falta, y siempre ese sujeto está en función de la otra persona, del ser amado, todo gira en torno a él, aunque no parezca que esté, no hable o no se mueva. La observación y minuciosidad nos devuelven como la voz rastrea lo visible y lo presumible, y detrás de ese seguimiento al que nos lleva, lo femenino

ocupa su propia parcela. Ante lo discursivo del tono, también encontramos ese contrapeso con la sucesión de imágenes, de metáforas, extremas, que dotan de cuerpo a los poemas y que les proporciona ese punto lírico. El yo es una sucesión de idas y venidas, de dudas que de pronto se vuelven certezas y al poco vuelven a girar, a lo que hay que unir ese cambio de plano, continuo y natural, que de forma tan desenvuelta se nos presenta, al pasar la voz de lo puramente contemplativo a un universo que analiza y desmenuza lo íntimo.

Esa travesía traza un recorrido hacia el pasado, desde el que se reconstruyen los pormenores de una relación, pero sin quedarse atrapado en dicho pasado. El discurso es interrumpido por alocuciones o mínimos diálogos, que, de alguna forma, alteran esa cadencia recordatoria. Ello proporciona una rotundidad al verso, una especie de ruptura para llamar la atención y luego regresar a lo discursivo. Resulta complejo mantener la intensidad en poemas tan largos y Bono lo consigue y nos deja este libro que nos lleva por esta continua reconstrucción de la memoria, el amor, bajo el vértigo de un lenguaje que nos arrastra hacia confines inesperados: el de una conciencia poética que se rebela contra lo que sobra, y rescata lo salvable de un amor, al que no se renuncia tan fácilmente.

'Pan comido'. Autora: Isabel Bono. Edita: Bartleby. Madrid, 2011.